

Apuntes del

No Ficción

Antología del Premio Desmadres de



desborde

TEZONTLE

APUNTES DEL DESBORDE

TEZONTLE

APUNTES DEL DESBORDE

*Antología del Premio Desmadres
de No Ficción*



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2024

Apuntes del desborde : antología del Premio Desmadres de No Ficción / Joaquín Areta [et al.]. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2024.
144 p. ; 14 × 21 cm. - (Tezontle)

ISBN 978-987-719-480-7

1. Literatura. 2. Premios. 3. Concursos. I. Areta, Joaquín

CDD 860

Distribución mundial

D.R. © 2024, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
Costa Rica 4568; C1414BSH Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com

Diseño de tapa: Javier Reboursin
Diagramación de interior: Hernán Morfese
Corrección: Virginia Horne

ISBN: 978-987-719-480-7

Apuntes del desborde. Antología del Premio Desmadres de No Ficción se terminó de imprimir en el mes de mayo de 2024, en Oportunidades S.A., Uruguay 2887, Victoria, Argentina.
La tirada fue de 700 ejemplares.

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*
Hecho el depósito que marca la ley 11723

Índice

<i>Palabras del jurado</i>	9
<i>Algunas precisiones sobre el desmadre</i>	13
<i>Housei</i> , Joaquín Areta.....	17
<i>Los cuerpos</i> , Sofía Castaño.....	31
<i>El último adiós</i> , Sonia Severini.....	39
<i>La parte desconocida del mundo</i> , María Sol Aliverti.....	53
<i>Crónica del deterioro</i> , Daniel De Leo.....	62
<i>La forma de la luz</i> , Yanina Rosenberg.....	78
<i>Ese fue, ese fue. Un retrato de Rubén Medina Aburto,</i> <i>el Lobo Rubio</i> , Marisol García Walls.....	92
<i>Ser Alejandra Pizarnik</i> , Isaura Contreras.....	105
<i>Fantasy</i> , Camila Urresti.....	121
<i>Acerca de los autores</i>	141

Palabras del jurado

SIEMPRE ES UNA INCÓGNITA lo que va a aparecer en un concurso –nos dijo alguna vez Nicolás Hochman–, y cuando el premio incluye la publicación en una antología, eso se vuelve un verdadero desafío. Pues bien, quienes conformamos el jurado del Premio Desmadres de No Ficción hemos sido favorecidos con una de las partes más agradables de tal desafío. Por eso, nuestras palabras son esencialmente de gratitud. Para con Hochman y su equipo, ante todo, por habernos regalado la posibilidad de participar en esta deliciosa labor. Para con quienes enviaron sus obras –hayan sido luego premiadas o no–, ya que con ellas proporcionaron la savia que le dio vida y porque ese gesto suyo es un acto de confianza y de coraje, así como de amor al arte. Y también para con el comité de lectura que llevó a cabo la titánica tarea de preselección, ya que, al dejarnos frente a los mejores productos de esa rica savia, pusieron a nuestra disposición unas obras que daban ganas de devorar, y así hicieron aún más placentero nuestro trabajo.

A propósito de la no ficción, ha escrito Cristina Rivera Garza que “toda escritura es escritura de la imaginación”. Al volver sobre lo vivido, no solo recordamos, también estamos imaginando. Damos sentido al pasado a través de atisbos de memoria, reminiscencias o sensaciones que vuelven a despertar en el cuerpo. El

lugar de la experiencia fue central en los textos que ahora conforman esta antología, que además emprendieron exploraciones poéticas en torno a temas tan diversos como la hermandad, el cuerpo, el duelo, los desaparecidos, la memoria colectiva y su exhumación, los cementerios, la tarea misma de recoger historias en el camino. Como jurado de un conjunto final de veinticuatro textos, nos vimos en la tarea de seleccionar los trabajos que hubieran logrado indistinguir la imaginación de la “verdad”, y que lo hubieran hecho con tanta libertad creativa como precisión respecto de los hechos a los cuales se aproximaban.

Abordamos cada una de las obras finalistas desde el asombro que produce en esta tercera década del siglo XXI, signada por el neoliberalismo exasperado y el avance imparable de la inteligencia artificial, leer buena literatura. No nos propusimos la utópica tarea de evaluarlas por comparación con un improbable ideal absoluto, sino organizar con ellas una suerte de paisaje que tomara en cuenta el relieve formado por el conjunto. En esa orografía distinguimos valles y colinas, cerros y montañas, y notamos que algunos de sus picos eran más agudos o elevados que otros. Así, rápidamente llegamos a ponernos de acuerdo, no solo en lo tocante a los premios y las menciones, sino también en cuanto al carácter mismo de la antología futura, que imaginábamos en armonía con ese vasto y simultáneo paisaje: un bosque que era una cordillera, una llanura, un desierto y un río. Hasta tal punto que, además de elegir los tres escritos que iban a ser premiados, sin dificultad seleccionamos las seis menciones que debían formar parte de la antología, e incluso conjeturamos el orden en que nos gustaría que se dispusiesen en el volumen publicado, como si la naturaleza no fuese indómita y pudiéramos delinear una comarca entera, con sus meandros y deltas. Nuestra idea fue proyectar un libro unitario en su diversidad panorámica, como el que ahora se ofrece a los lectores. Un libro selvático y crudo, pero

también bello y esperanzador. ¿Qué otra cosa es hacer (no) ficción con la verdad? Uno de nuestros grandes maestros, Ricardo Piglia, solía repetir, con cierto brillo pendenciero en la mirada: “¿La verdad para quién?”. En las páginas que siguen encontramos más de una respuesta a esta pregunta imposible. Al cabo, la verdad, la escriba quien la escriba, es un paisaje mutable pero reconocible, íntimo y lejano a la vez. La verdad siempre huele a tierra mojada y tiene las manos pequeñas.

ANA GALLEGO CUIÑAS
CRISTINA BURNEO SALAZAR
GERARDO ARENAS

Algunas precisiones sobre el desmadre

EN AGOSTO de 2023 organizamos en Buenos Aires Desmadres, un festival de literatura latinoamericana. A lo largo de ocho días realizamos más de ochenta actividades, en quince sedes, con la participación de casi cuatrocientos escritores, editores, traductores, poetas, periodistas, dramaturgos, actores, músicos, ilustradores, *influencers*, gestores y productores culturales, investigadores y lectores de veinte países. Hubo entrevistas públicas, clases magistrales, talleres, charlas, intervenciones urbanas, una campaña de promoción de la lectura, una sala de escape, un *city tour* literario, ciclos de lectura, una muestra de arte, un pódcast, un juego de mesa, un congreso académico, una revista y tres premios: uno de escritura en portugués, otro de lectura y otro de no ficción.

El Premio Desmadres de No Ficción fue posible gracias al apoyo y el entusiasmo de todo el equipo de Fondo de Cultura Económica, y especialmente de su director en Argentina, Gastón Levin. Junto a ellos armamos la propuesta, redactamos las bases y, sobre todo, nos preguntamos qué es eso a lo que llamamos “no ficción”. Porque si bien sabemos que toda definición es incompleta y dinámica, para los efectos de este premio consideramos textos de no ficción a aquellas narraciones que partieran de hechos reales y utilizaran recursos literarios.

En total, recibimos mil seiscientos textos, que incluyeron artículos, crónicas, ensayos, perfiles, biografías y autobiografías, historias, memorias y cartas, entre otros géneros. Esos textos provinieron de 39 países, en su mayoría de América Latina y España, pero también de otras partes de Europa y del mundo, como Israel, Aruba, China, Kuwait, Noruega y Portugal.

Todas esas obras fueron leídas y analizadas en primera instancia por un comité de lectura formado por Clara Anich, Manuel Cantón, Jorge Carballo, Sofía Cazères, Franco Dall'Oste, Paula Dávila, Emilia Fernández Tasende, Silvia Finocchietto, Romina Gretter, Daniel Hassan, Alan Lell, Pablo Méndez, Ana Negri, Alan Ojeda, Camila Onsari, Ana Rabuñal, Daniel Ros, Andrea Torricella, Mariana Viñas, Gladys Zarenchansky y Hugo Zucchini.

Una vez seleccionado el material, los integrantes del jurado, compuesto por Gerardo Arenas (Argentina), Cristina Burneo Salazar (Ecuador) y Ana Gallego Cuiñas (España), recibieron las 24 obras finalistas, de las que eligieron 9 para su publicación:

Primer premio: Joaquín Areta, de Tandil, por "Housei".

Segundo premio: Sofía Castaño, de Buenos Aires, por "Los cuerpos".

Tercer premio: Sonia Severini, de Buenos Aires, por "El último adiós".

Quedaron seleccionados, además, para integrar la antología:

María Sol Aliverti, de Córdoba, por "La parte desconocida del mundo".

Daniel De Leo, de El Palomar, por "Crónica del deterioro".

Yanina Rosenberg, de Buenos Aires, por "La forma de la luz".

Marisol García Walls, de Xalapa, Veracruz, México, por "Ese fue, ese fue. Un retrato de Rubén Medina Aburto, el Lobo Rubio".

Isaura Contreras, de San Antonio, Texas, Estados Unidos, por
“Ser Alejandra Pizarnik”.

Camila Urresti, de Mar del Plata, por “Fantasy”.

El Premio Desmadres de no ficción sale a la calle para encontrar lectores, para interpelarlos y causar efectos, ojalá que con la misma intensidad con la que las literaturas de América Latina vienen haciéndolo desde hace tantos años. Hay mucho para decir, mucho para leer, mucho para hacer.

NICOLÁS HOCHMAN
Director de Desmadres, diciembre de 2023

Housei

Joaquín Areta

MI HERMANO más chico nació en Chos Malal, un pueblito de cinco mil habitantes en el noroeste neuquino. Nos habíamos ido a vivir ahí porque papá había ganado, o le habían impuesto, nunca lo supe, la dirección del único hospital. Teníamos que quedarnos por un año. Así que dejamos nuestra forma de vida en un departamento cerca del centro de Neuquén, y nos mudamos a un plan de viviendas compuesto por una hilera de casas donde también vivían otros médicos. Pero Neuquén era capital de provincia y el lugar al que ahora nos habíamos ido a vivir era un pueblo emplazado en el espacio más agreste imaginable, rodeado de montes secos, cerca de zonas volcánicas y tierra hostil donde solo crecían arbustos ralos y vegetación casi invisible. Yo tenía seis años en ese momento, iba a empezar el primer grado.

La aparición de Josecho marcó la diferencia de edad que nos mantuvo en etapas distintas durante casi toda la vida. Cuando él nació (en el mismo hospital que dirigía papá) mis hermanos y yo estábamos en primero, segundo y cuarto grado del colegio primario. Yo era el más chico de los tres. Es decir que Josecho destronó mi lugar de hijo menor. Ese era un estigma que mi mamá cada tanto intentaba imponerme. Eso sucedería después, claro; ella diría que yo hacía tales o cuales cosas por celos, o porque no me bancaba haber dejado de ser el más chico. Yo siempre lo

negué porque me parecía una frase hecha, un lugar común y demasiado básico que no aplicaba a mi forma de vivir la relación con mi hermano. Quizás era cierto.

En el hospital recuerdo haberlo visto a través de un vidrio, como si estuviera metido en una pecera y yo apenas pudiera interpretar sus rasgos interferidos por reflejos. Que yo sepa nunca estuvo en incubadora, así que debe haber sido una de esas cunitas de acrílico típica de las *nurseries* de los hospitales pero que a mí, entonces, me quedaba a la altura de la cara. Lo que recuerdo perfectamente es que en ese momento mamá me lo mostró orgullosa.

Es horrible, respondí yo.

Era sinceridad, no celos. Estaba frente a un bebé sin forma de bebé porque tenía la cara arrugada, toda colorada y con un pelu-són negro en la cabeza. No se reía. No miraba. Lo llevamos para casa y ya no me acuerdo mucho de él más que a través de sus chipás colgados en la cuerda de secar la ropa en el fondo de la casa, congelados como tablas junto a sus pantaloncitos de algodón.

Tengo mucho registro de esa época en Chos Malal pero nada con él. La próxima vez que lo veo en mis recuerdos ya tenía un año y pico y nosotros no vivíamos más en ese pueblo ni en el departamento céntrico. Nos habíamos vuelto a Neuquén capital y mudado a una casa más grande en el barrio Alta Barda, y con mis otros hermanos le estábamos dando cucharadas de vinagre diciéndole que era agüita. Nos reíamos mucho de su reacción a cada cucharada hasta que se cansó y desconfió de nosotros. A los diez minutos volvió a creer, pero yo le di otra más. Mis hermanos ya estaban jugando a otra cosa. Por unos días tuve que ofrecerle agua real muchas veces para que lograra tomarla y que volviera a creer en mí. No lo logré.

Se hizo más grande pero seguía regordete. Cuando él tenía tres yo tenía nueve y estaba preocupado por la chica de cuarto

que me gustaba y no me animaba siquiera a mirarla a los ojos porque los de ella eran como los de un *husky* siberiano y tenía la piel más blanca que mi guardapolvo. Estuve en ese estado de inutilidad suprema durante un par de años, preocupado por mi inacción frente a ella (ahora googleo su apellido para ver si realmente era tan linda pero no recuerdo su nombre, solo su cara de ese momento, la sensación de atadujo en la garganta y en la boca del estómago por no poder hablarle). También estaba preocupado por salir a cazar cuises y chimangos con el Negro en las bardas cerca de su casa y de la mía.

A medida que Josecho crecía rechoncho, yo empecé a molestarlo porque era gordo. En realidad no era flaco como yo ni como mis hermanos, entonces era gordo. Un día le pusimos un nombre científico a uno de nuestros primos, que era extremadamente flaco y bastante antipático: *Grisinis insociabilis*. Nos hubiéramos reído un rato largo de ese apodo si no hubiera surgido inmediatamente otro para Josecho, del que todos nos cagamos de risa durante extensos años: *Barrilis insaciabilis*.

Igual que yo, en una época fantaseó con que podía ser arquero de fútbol. De hecho yo aún lo creía cuando una tarde le presté mis guantes, que le quedaban ridículos. Él tenía cinco años, yo once. Ninguno de los dos sabía que nuestros papás se iban a separar. Que en poco tiempo no viviríamos más en esa casa con ese jardín y esos árboles de cerezas y peras, con los ambientes grandes y la sensación de que todo iría siempre hacia un sitio cada vez más seguro. Si yo lo hubiese sabido, quizá hubiera hecho las cosas de manera distinta y no estaría escribiendo esto.

El punto es que nos pusimos a patear penales entre un limonero y una malva. Pateábamos alternadamente y él me metió un par de goles. No me iba a dejar ganar, así que empecé a patear muy fuerte. Era una pelota de goma, de esas livianas pero que levantan altas velocidades. En un tiro le di a la malva y le volé

varias flores ya secas que desprendieron un montón de semillas negras. El último tiro fue descontrolado, fuerte y al medio. La pelota le dio de lleno en la panza y él quedó sin aire, arrodillado sobre ese campo minado de pequeñas orejitas de las semillas de la malva, como si ahí hubiera habido una matanza de muñecos negros diminutos pero solo hubieran quedado su orejas y mi hermano estuviera ahí en el medio, sobreviviente. Lo agarré de atrás y lo ayudé a levantarse, pero él seguía con las piernas un poco dobladas, medio en el aire. Yo no tenía tanta fuerza como para alzarlo del todo así que lo llevé un poco a la rastra pero empujándolo desde atrás, intentando levantarlo, tropezándome con él. Creo que en ese momento me di cuenta de que era inútil para cuidarlo, porque me dolían los hombros por la fuerza mal hecha y se me mojaban los antebrazos con sus lágrimas una vez que pudo respirar bien. Así llegamos hasta el interior de la casa. No estaba apenado por no poder ayudarlo, era solo una especie de conciencia intelectual, una conclusión producto de cómo estaban dadas las cosas, nada más. El sentimiento verdadero que me atravesaba era de bronca porque me iban a retar.

Vos estás celoso por tu hermano, me dijo mamá más tarde. Yo di media vuelta y me fui.

El último invierno que pasamos en esa casa yo tenía doce años. Había una pileta de natación en el fondo, sin sistema de recirculación de agua, como eran las piletas de esa época. Algunas mañanas aparecía congelada, y si eso se repetía durante varios días, la capa de hielo se volvía gruesa. Para ver si era resistente primero lo mandábamos a Josecho, que era más liviano a pesar de considerarlo gordo. Él tenía casi seis años y era consciente del peligro, pero éramos sus tres hermanos más grandes los que le decíamos que le diera con confianza, que no pasaba nada. Si las tres personas más cercanas que tenés te dicen que no pasa nada, entonces no pasa nada y vas. El día 4 de agosto (me acuerdo

perfecto porque era el cumpleaños del Negro) lo hicimos caminar por el hielo en la zona más cercana a los bordes. El hielo se craqueló en dos o tres lugares pero resistió. Josecho dio toda la vuelta a la pileta y cuando volvió nos estiró los bracitos como si volviera de un viaje largo. Javi, mi hermano más grande, lo recibió y le dio muchos besos en el cuello. Después Javi y Nacho se fueron a tirar con arco y flecha a unas medias congeladas, colgadas en el tendedero cerca de la parrilla.

Yo los miraba de reojo sentado en el borde de la pileta, con los pies apoyados en el hielo. Estaba concentrado en la superficie, intentaba interpretar su grosor porque tenía muchas ganas de caminar por el centro. Ellos se cansaron de tirar e ir a buscar la única flecha que no paraba de dar contra la medianera. Creo que se les salió la chapita de gaseosa doblada en dos como una empanada que tenía por punta. Se fueron para adentro. Josecho, no sé por qué, vino a ver qué hacía yo.

Se había puesto la capucha de la campera azul, que tenía un borde blanco medio peludo. Parecía un esquimal. Tenía la nariz y los cachetes muy colorados por el frío y no paraba de tirar vapor blanco por la boca y la nariz, como si su organismo estuviese mucho más calentito que el mío y el contraste térmico con el ambiente fuese mayor. Le pedí que por favor caminara por el medio de la pileta así yo también lo hacía. Me dijo que no. Le ofrecí comprarle dos chupetines y cinco caramelos en lo de la gorda María y me dijo que bueno. Yo tenía once años y era muy boludo para la mayoría de las cosas, incluso casi no leía bien de corrido, pero me daba cuenta de que lo de las golosinas pedorras esas era solo un envión para instarlo a algo para lo cual él ya estaba pre-dispuesto por la inercia de confianza que habían creado mis hermanos antes. Era muy distinto si lo decía yo solo, porque no tenía ese crédito; de alguna manera el pelotazo en la panza había dejado una herida mayor que el pelotazo en sí, era una lesión que

revivía las cucharadas de vinagre como si esa traición se hubiera alojado en un sitio que impedía que las lastimaduras se cerraran porque estaba todo el tiempo corroyendo la posibilidad de reconstrucción celular, de reparación simbólica.

Lo sostuve de las manos hasta que descargó todo su peso en el hielo. Quedó ahí como haciendo equilibrio en una cuerda floja invisible. Cuando se dio cuenta de que el piso no se partía, empezó a caminar despacio. Cada dos pasos se daba vuelta para mirarme y yo siempre le hacía el gesto con las manos de que le diera nomás para adelante. A dos metros de llegar a la otra punta (la pileta tenía siete metros), se le hundió una pata en el hielo. Lo único que pensé en ese instante fue que si mis viejos se enteraban de esto que estaba pasando, a la tarde no me iban a dejar ir al cumpleaños del Negro. Puse en riesgo mi integridad pensando solamente en eso. Mientras avanzaba lentamente por encima de la capa central de hielo, sentía que lo único que me motorizaba era el riesgo de la pérdida de algo mío, no que mi hermanito estuviera en ese instante con un pie mojado hasta el tobillo, lagrimeando porque no se animaba a moverse. No sé si lo pensé racionalmente o con una sección del cerebro especial para estas ocasiones, el punto es que me dije que la única manera en que podía lograr que Josecho no contara este episodio era que a mí me pasara algo más grave que anulara, digamos, lo que yo había provocado que le pasara a él.

Caminé con mucho miedo pero apurándome porque él ya empezaba a angustiarse y llorar de verdad. Dos metros de la otra punta era bastante, y más para él, que lo debía estar viviendo como si estuviese en el medio del puto Nahuel Huapi. Llegué hasta ahí, lo tomé de las manos y lo acompañé con sumo cuidado hasta el otro borde. Cuando lo dejé hice unos movimientos bruscos con los pies como para que el hielo cediera y se me hundiera una pierna o las dos, de modo que yo me mojara hasta la

cintura y me raspaba las canillas o la cadera con el filo del hielo al caer dentro del agua. Sin embargo la superficie no se abrió ni un poco. Yo quedé intacto. A Josecho le cambié la ropa rápidamente, pero me olvidé la zapatilla mojada encima de un calefactor y se le derritió la suela. Mis viejos se enteraron de todo y me quedé sin el cumpleaños del Negro.

En general, mis padres no se ponían de acuerdo porque quizá no lo necesitaban. La que ponía los límites era mamá, y papá en todo caso asentía en silencio o no se enteraba. Pero en ese momento en el que evidentemente las cosas no estaban muy estables entre ellos, yo percibí como positivo que se pusieran de acuerdo en algo, y si bien yo no era consciente de que en poco tiempo se separarían, oía en el aire una atmósfera de fin de ciclo, una materia flotante que hacía más espesas las tardes y más dramáticos los momentos de irse a la escuela o de volver de ella. Yo no sabía qué era. Ni siquiera estoy seguro de que fuese realmente ello. Quizá mamá estaba más silenciosa cuando volvía del trabajo. A lo mejor yo por las noches escuchaba discusiones entre sueños, murmullos de desprecio o rabia entre ellos que después no tenía registro de haber oído porque ahora eran inconscientes. Quizá había una tristeza flotante en mí que no se la podía achacar a la relación entre mis padres. Lo cierto es que en un punto me alegró que estuvieran de acuerdo los dos. Le conté al Negro por qué no me dejaban ir.

Sos un capo, me dijo.

Asunto cerrado, ya nos comeríamos un asado en la barda otro día.

No hay más registro de Josecho en esa casa. Después mis padres se separaron y el mundo cambió. No tanto por lo básico (uno de los padres siempre se va y el otro queda y todo está medio desorganizado) sino porque después esa casa se vendió y cambió la porción del mundo que habitábamos. De nuestra casa

con pileta, jardín y espacios amplios, nos mudamos con mamá a un plan de viviendas que ella decía que se iba a poner lindo con el tiempo. Los cuatro hermanos fuimos a parar a uno de los dos dormitorios, con las dos camas cucheta puestas una junto a la otra sin espacio en el medio porque no había más lugar en la habitación. Apenas quedaba un pasillo libre entre las camas y el hueco del placar, que no tenía puertas ni cortinas. Mamá inventó unos estantes con machimbre y yo sentía que ese machimbre era una improvisación que salía del placar y se extendía por el borde de nuestras sábanas, se expandía por la casa diminuta haciéndola frágil y fea, rodeaba a mamá que ahora parecía estropeada, con el pelo crespo y cara seria y empezaba a andar en moto, y finalmente ese machimbre pedorro me rodeaba también a mí y a todo lo que podía yo hacer en la vida, que me parecía berreta y provisorio, mal terminado como un muñeco de acción chino lleno de rebabas.

El fondo de la casa no tenía jardín, era de tierra y cantos rodados y estaba conectado a otros fondos de otras casas por los costados y por atrás. Dos hilos de alambre delimitaban más o menos hasta dónde llegaba cada parcela. La casa estaba literalmente sobre la meseta patagónica. Era como que el barrio entero acababa de ser depositado desde el cielo con una grúa monstruosa sobre ese entorno hostil y semidesértico. Mamá nos señalaba adónde pensaba que ubicaría un cerezo como el que tenía en la otra casa y que en esta volvería a plantar, haciéndolo renacer como una manera de seguir teniendo lo que amaba pero sin papá, sin la otra casa, porque nos tenía a nosotros. No sé si alguna vez lo dijo así, pero lo único que yo veía eran piedras, tierra seca y cardos marrones. Y nosotros, esos nosotros a los que ella hacía mención cuando decía que nos tenía, estábamos dispersos cada uno por su parte, tratando de reactivar nuestras propias extremidades como si, finalmente,

los cuatro hermanos nos hubiéramos hundido en el fondo de la pileta helada y estuviéramos entumecidos.

Mamá prometió que ampliaría la casa con parte de la plata de la que se había vendido, pero mientras tanto esta me recordaba a la de Chos Malal, por el entorno desértico, por la cocina diminuta y el piso de pequeños cerámicos casi negros. Había una oscuridad permanente en esa pequeñez. Había una dislocación temporal. Un espiral de tiempo y materia que reiteraba sucesos pero un poco distintos. Yo había empezado primer grado en una casita de este estilo, y ahora Josecho iba a empezar su primer grado en un lugar así. Pero si antes él estaba en la cuna del hospital mientras yo arrancaba la primaria, ahora él empezaba en la primaria y yo la secundaria, en edificios distintos, sin posibilidad de encontrarlo en el recreo y darle los chupetines que le debía desde lo de la pileta, o darle algo porque sí, quizá nada, solo un abrazo.

En algún punto sabía que él la estaba pasando peor que yo, porque este cambio era definitivo, no un juego en el que estaríamos un tiempo experimentando esto como unas vacaciones en negativo y después volveríamos a la vida normal. Ahora esta era nuestra nueva vida normal.

No sé adónde cursó la escuela primaria. Parece mentira pero no puedo recordarlo. Creo que fue en la misma escuela que yo. Me hubiera gustado compartir al menos un año con él para poder recordarlo. Ese corrimiento se repite. Yo siempre estoy en otra parte. Él siempre viene detrás, queriendo estar conmigo, con mis otros hermanos, pero la edad no le alcanza, el fraccionamiento de los años del sistema educativo nos mantiene en universos paralelos. Nuestros amigos eran distintos. Como la casa era chica no invitábamos a nadie ahí, nos íbamos a casas de otros como invitados, o nos quedábamos adentro pero en horarios distintos, o todos juntos con ocupaciones diversas.

Cuando yo falsificaba fichas para poder robar latas de Coca-Cola de las máquinas expendedoras (las fundía con plomo en moldes de yeso), él estaba armando maquetas de tanques de guerra o aviones. Cuando yo salía a la barda, cruzando la calle, a buscar víboras o alacranes con mi hermano Nacho, él se quedaba jugando a la computadora en la pieza de mamá (que era el único lugar en el que entraba), cuando yo intentaba tocar la guitarra, a él no le interesaba esa música y se quedaba mirando tele, reforzando su gordura con Nesquick y pan con manteca. Después vino la ampliación de la casa, mamá tuvo su propio dormitorio con estar incluido, nosotros nos repartimos dos y dos en las habitaciones, se fabricaron medianeras, el pasto empezó a crecer, el cerezo también, a papá lo veíamos, siempre, fin de semana por medio.

El tiempo se acelera como un presente vívido. Dejo de falsificar fichas, el secundario industrial me cansa y migro hacia uno común. Josecho sigue siempre en la misma primaria que no sé cuál es. Me da bronca no recordarla. Ni siquiera la tengo en la punta de la lengua. Yo avanzo con mis clases de guitarra, empiezo taekwondo y adelanto cinturones, aprendo inglés, me junto con mis amigos y yiro por la noche los fines de semana tomando Coca-Cola y hablando boludeces infinitas horas en el garaje-dormitorio de uno de ellos. Josecho empieza a correr en *downhill*, le crecen las piernas como dos pistones, se estira, baja de peso siempre con una caja torácica de temer. Empiezo a admirar su cuerpo y su inteligencia, el grupo de *downhillers* con los que se vincula me parece *chic y cool*, con sus armaduras cancheras para no matarse, esos cascos integrales galácticos. Él también empieza taekwondo y avanza, habla inglés cada vez mejor, siento que lo empiezo a tener más cerca, a compartir música con él porque ahora los cuatro escuchamos Metallica, Megadeth, León Gieco, Zitarrosa. Él comienza el colegio secundario, pero

ese mismo año me voy de la ciudad a estudiar en otra. Soy el último de los hermanos grandes en irse. Soy el que lo deja solo mano a mano con mamá en una etapa que él va a sufrir de un modo que puedo entender pero no puedo dimensionar. Una etapa de cinco años que en el futuro lo va a llevar a dudar de volver en los veranos a esa casa, que más adelante lo hará dudar de volver a la Argentina de visita.

Otra vez la dislocación. Nos visita cada tanto en la ciudad de La Plata donde estudiamos con Nacho y Javi. De pronto tiene mi altura y puede andar en bicicleta a un ritmo impensable para mí. Al año siguiente está instalándose en la casa de la calle 61. Mis hermanos más grandes ya se han ido a vivir a otros lugares. Nos quedamos él y yo en ese espacio que nos queda enorme porque lo habíamos alquilado poco tiempo antes de que los demás se fueran. Tiene cuatro dormitorios y una galería semicubierta que hay que atravesar para llegar hasta el comedor que tiene vidrios repartidos amarillos, las paredes son casi todas así, parece un invernadero, la cocina también está en ese último tramo. Los dormitorios son enormes. Yo duermo en uno que da a la calle. Él en uno de los del medio, junto a la galería.

Se anota en una carrera que a medida que transcurre el año se da cuenta de que no es específicamente lo que quiere. No desea estudiar para ser profe de educación física. Duda sobre su destino. Duda sobre él. Deja la carrera y tiene mucho tiempo muerto. El sol entra a través de la pared de vidrios amarillos del comedor y clava rectángulos en el piso, raja de láser facetado sus antebrazos a los costados de una fotocopia que intenta leer sobre la mesa. Un día le saco una foto en esa posición. Mira a la cámara, sonrío. Pero, mientras tanto, yo estoy terminando mi carrera, me falta un año, casi no aparezco durante el día.

No lo sé en ese momento (creo que nunca sé las cosas cuando debería saberlas), pero tengo la oportunidad de rei-

vindicarme, de reparar el tiempo que no estuve mientras él padecía la violencia silenciosa de mi madre, ese bloque sólido de tiempo mano a mano con ella y sus contradicciones, los cuidados tiernos y la agresión de imponer verdades, de inocular certezas. Una recta de un lustro que ahora yo puedo transformar en un sitio cálido y contenedor. Algo de eso creo que hago un tiempo, una cosa parecida a compartir la vida juntos, pero después lo dejo solo muchas tardes. No logro entender que él me necesita cerca a pesar de ser inteligente y fuerte y capaz de afrontar desafíos nuevos. Quizá esa apariencia me viene bien, justifica mi egoísmo.

Yo empiezo a verme más seguido con mi novia y luego me quedo a dormir en su departamento, con alternancia. Él va a pasar noches solo, mañanas heladas solo, va a cambiar de carrera. El desfasaje una y otra vez que me muerde los talones.

Hay tardes en que utilizamos la terraza como cuadrilátero. Nos ponemos los protectores y nos castigamos bajo las estrictas reglas de las luchas de taekwondo, después tomamos mate y charlamos al sol. Es una de las muchas formas en que podemos conectarnos en ese momento. Pero al mismo tiempo hay algo insuficiente. Después me voy a dormir a lo de mi novia y él queda en ese monstruo de cuatro habitaciones. Hablo por teléfono pero no estoy ahí. Lo invito a comer conmigo a lo de mi novia, pero no estoy ahí. Él en algún momento debe volverse y quedar a oscuras conciliando el sueño junto a la galería, o comiendo solo en la cocina sobre la mesa de quebracho lustrada.

Una noche de verano duerme en su habitación junto a la galería-intemperie. Sueña que lo acarician. Siente las caricias en el cuello, en las cejas, en la boca. Entredormido, nota que ese contacto es real. También le toca el revés de las manos, los pies. Algo lo envuelve de forma total, múltiple, pero es un toque huidizo, como si al mismo tiempo no fuese un mimo deseado. Se

desvela y camina hasta el interruptor, enciende la luz. La habitación está minada de cucarachas de siete centímetros de largo, corpulentas, ávidas de comer lo que sea, sedientas de salir del hueco húmedo debajo del parqué. Intenta matar algunas pero todas se escapan, se vuelven a meter en huecos debajo del piso. Piensa si debe acostarse de nuevo ahí pero acaba por llevarse una manta. Se tira encima de mi cama y se queda dormido. No puede dormirse porque tiembla. No es frío. Dice que no siente miedo. Cree que es asco, porque imagina las patas peludas de las cucarachas tocándole los labios.

Al otro día compra un veneno en aerosol que lo llama el Magnum. Nos da gracia ver cómo las cucarachas mueren en el mismo instante en que el veneno toma contacto con su cuerpo, es casi mágico. Utiliza el Magnum muchos días hasta que elimina la colonia de cucas, luego repartimos cebos por la casa para que la aniquilación sea más sistemática, pero el verdadero trabajo elaborativo del trauma (así lo pienso en ese momento, cuando me creo psicólogo sin serlo) lo ejerce a través de la venganza uno a uno, de la matanza personalizada.

Después de eso ya no viviremos más juntos porque yo me mudaré con mi novia y él con un amigo panameño al que a veces le sangraré la nariz porque la ciudad de La Plata (una de las más húmedas que conozco) le parecerá seca. Pero con ese panameño tan distinto a él va a compartir una cotidianidad intensa, una misma etapa. Yo seguiré, satelital, orbitando desprolijo cerca de él. Comeremos arroz a la paila, miraremos películas en mi casa o la de él, yo empezaré a trabajar y él atravesará su carrera de biólogo con un único objetivo: no ser biólogo ni naturalista sino fisiólogo del deporte. Cuando se reciba ya habrá nacido mi primer hijo, pero él, Josecho, será el único que esté conmigo en la antesala del parto mientras me vista con esos zapatones de tela verde y gorrito de enfermero.

A partir de entonces mi mundo será un lactante que llorará y cagará y tomará la teta y le cantaré, horas enteras, para que se duerma, aunque el runrún del auto siempre será más eficiente que yo para hacerlo descansar. Siempre habrá cosas más eficientes que yo alrededor de las personas que quiera, gente que verá mejor lo que deba verse en el momento adecuado, pero yo me contentaré con creer que estaré esforzándome, que estaré haciendo lo máximo que me permitirán el tiempo y la conciencia. Josecho irá a vivir a Australia, nacerá mi hija, él seguirá allí y tendrá novias, sobre todo una moldava con la que sufrirá porque él también hará cosas mal, escribirá *papers*, se doctorará, se hará conocido en el ambiente, se irá a Noruega, se irá a Liverpool a asentarse, será cada vez más popular en el inframundo de la nutrición deportiva. Se habrá soltado de cualquier sistema planetario donde la barda y la meseta patagónica eran pura potencia de futuro, su futuro será este, desplegado al máximo, lejos del mío, pero habrá excepciones para esa desconexión, habrá llamados telefónicos, mensajes de texto, audios de nuestras voces lagueadas con uno o dos o tres días de diferencia, una semana, según los tiempos del trabajo, según la inercia de las cosas diarias. Lo llamarán Housei en las entrevistas de la BBC, en los pódcasts, en las universidades. Ese nombre ajeno le será propio.

Algunas veces me dará bronca cuando me diga que estará a mil con proyectos en paralelo y que por eso no me habrá respondido un mensaje. Otras veces no podrá porque estará viajando por el mundo, solicitado en congresos, colaborando con mengano o fulano y esos nombres serán siempre en noruego o en alemán. Eso a veces me dará tristeza, pero lo comprenderé. Estará sobrevolando, en avión, océanos ácidos de vinagre.

Apuntes del desborde recopila los ensayos ganadores y destacados del Premio Desmadres de No Ficción, otorgado en el festival literario que convirtió a Buenos Aires en el epicentro de la literatura latinoamericana en 2023. Durante ocho días, la ciudad se transformó en un foco de debate y creación literaria, y atrajo a escritores, poetas y pensadores de veinte países.

Los ensayos incluidos en esta antología trascienden los límites entre la realidad y la ficción, y ofrecen una mirada profunda a temas universales como la identidad, la pérdida y la comunidad. Desde crónicas detalladas hasta exploraciones poéticas sobre la vida y la muerte, *Apuntes del desborde* representa la diversidad y riqueza de la no ficción contemporánea. No solo es un testimonio de la calidad y diversidad de las nuevas voces literarias, sino también una celebración del poder transformador de la escritura.



DESMADRES
Festival de literatura latinoamericana



FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA
1934-2024